

de Doctores equívocos, entes de todos colores, que únicamente por embidia, por odio, ó fanatismo se han reconciliado algunos días con los libros, y que no vencen el tedio de una ocupacion desusada en ellos, sino endulzándola con las ideas deliciosas de que la Compañía bien pronto va á dejar de existir? Sí: al fin va bien pronto á dejar de ser este Cuerpo, que siéndolo todo, ha hecho de muchos años acá, que los otros sean nada.

¿Pero destruyendo á los Jesuitas, hay seguridad de que no serán restablecidos? ¿Y si esto sucede, no será suma gloria para la Compañía, renacer de sus mismas cenizas? La inconstancia de nuestros gustos puede realizar esta idea, á menos que no lleguen á fijarnos las de la filosofía. Mas yo no quedo tranquila: todo es moda entre nosotros: la moda de los Jesuitas se ha pasado; ella puede volver. Yo apostaré que ya muchas gentes están cansadas de su destruccion ¡hace seis meses no se habla de otra cosa! ¿Pues para qué exterminarse la Compañía, si se prevee se ha de restituir? ¿Para qué? Yo no me entrometo en las grandes miras de este negociado: las ignoro, y las respeto; pero pienso segun lo que oigo charlar. ¡Quién sabe! Puede ser que esto haya sido, por deshacer lo que hicieron nuestros buenos padres, ó para probar que podíamos destruir á la Inglaterra con los bajeles chatos, si lo hubieramos querido, pues destruimos á la Compañía con seis páginas de un escrito y solo con quererlo. Pue-

de ser que haya sido por vindicar á nuestro siglo de la fea nota de esterilidad de sucesos ilustres, y para hacer decir á la posteridad: ¡Siglo famoso! El inventó los *Pantines* (1): perfeccionó la *Filosofía* (2): inmortalizó á *Martini* (3): celebró á *Ramponneau*, (4): preconizó á *Sor Perpetua* (5); y destruyó á los Jesuitas por algunas lineas latinas de *Busembaum*. Puede ser tambien, que haya sido por hacer un gran servicio á la misma Compañía y hacerla conocer mejor, haciendo que se la eche menos y se lllore su falta. Sin embargo, no es todo destruir á los Jesuitas; dícese que es necesario reemplazarlos. El destruirlos es una conocida injusticia; ¿pero intentar reemplazarlos, no es un evidente delirio? Se nos acusa á las mugeres de que con dificultad miramos las cosas por todos lados. Voy á volver por el honor de mi séxo, y véase como yo lo tengo presente todo. Pregunto lo primero: ¿para qué reemplazar á los Jesuitas? Lo segundo: ¿quienes han de ocupar su lugar? Lo tercero: ¿cómo, y sobre qué foudos se cuenta para ello?

(1) Figurillas de hombres hechas de naipes, con diversos movimientos — *Landais*.

(2) Con los escandalosos libelos de Voltaire, los paradójicos de Rousseau, y los obscenos de Pigault Lebrun, etc. etc.

(3) Inventor de las Cajas de Charol.

(4) Célebre tabernero de París, que vendia barato, por lo que sacaron muchos retratos de él los cofrades de Baco.

(5) Monja del convento de Puerto-Real muy adherida al partido de los Jansenistas, los que metieron una gran bulla por haberla mandado mudar el Rey, de un convento á otro.

¿Para qué, ó por qué motivo de estado se ha de reemplazar á los Jesuitas? ¿Qué pierde la Nacion en perderlos? ¿Qué gana en reemplazarlos? Por una parte; ¿qué domina en sus escuelas? Preocupaciones superficiales de virtud, de zelo, de catolicismo y subordinacion, que ya no son de moda: por otra; ¿qué se enseña en ellas? principios griegos y latinos, que ya de nada sirven, pues ya no se piensa, ni se habla sino en francés, y las mugeres somos las que debemos dar la ley; en la educacion general, y en la educacion francesa. Esto supuesto, que decida esta cuestion á quien realmente compete: al bello séxo, á esta porcion la mas discursiva del Estado y á todos los que discurren como ella. Levántase en respuesta un grito general, el grito de la razon. Escuchadlo, Ministros, Magistrados y hombres públicos. Que se nos pongan en lugar de los Jesuitas proscritos, rancios, severos y fanáticos, Maestros filósofos, Maestros agraciados, Maestros del buen gusto, Maestros de danzar, Maestros de cantar, en una palabra, aquellos Maestros esenciales para el bien y gloria de la Nacion: á primera vista se conoce la necesidad de que abunden Maestros de esta clase. En lugar de los Colegios, establezcanse en todas nuestras Ciudades Teatros que perfeccionen las costumbres; Escuelas de danza, de esgrima y de equitacion; Academias de cortesias y bellos modales; Telares de encajes, y manufacturas de gobelinas (1);

(1) Tapicerias finas que toman el nombre del lugar en que se fabrican en Francia.

Universidades de modas; Clubs de política y patriotismo; Liceos de cocina y placeres: nosotras suscribiremos á la mudanza, y aplaudiremos el gran sistema de destruccion, que de un solo golpe debe aniquilar casi mil y doscientos Maestros de la Religion, de las Costumbres y de la Literatura. Se adornará nuestra Francia y estaremos mejor: solo yo conozco mas de tres mil Damas, prontas á tomar el grado y borla de Doctoras. Si no se procede así: ¿qué vamos á ganar? Si yo estimara menos á los ingenios que son autores de este sistema de Estado, diria que no piensan bien en ello. Una de dos. O los Jesuitas son buenos para nosotros, y entonces: ¿para qué destruirlos? ó son malos; y en este caso; ¿para qué reemplazarlos?

Pero se dice que es preciso proveer á la educacion de la juventud. Sí: este es un dicho viejo, bueno para aquellos tiempos rancios, en que los hombres naciañ niños. En nosotros la naturaleza se adelanta mucho; de un golpe nos viene la penetracion de espíritu. Pero que; ¿es necesario estudiar para ser una persona amable y filósofa? Una aya formada en el taller de la Opera; seis meses de gran mundo; los ejemplos domésticos de *Monsieur*, separado de *Madame*, despues que ella le ha dado un heredero de su nombre; uno ó dos libretines con cantos dorados, como *el Espíritu*, *los Pensamientos filosóficos*, *la Religion natural*, y algunas Novelas y Libros de Caballeria, he aquí Maestros consumados.

¿Se piensa en reemplazar á los Jesuitas? Luego vamos á errar el blanco de la revolucion. No hay duda que se dará el gusto de nuevos hábitos y nuevas caras, lo que á la verdad es algo; pero al fin se hará mamar aun á nuestra juventud y á la flor de la Nacion, lo que los Jesuitas enseñaron á nuestros padres. Seremos todavia católicos, latinos y griegos; y no tendremos jamas la ventaja de ser puramente Francéses.... ¿Y merece esto la pena de destruir?

¿Con quienes, además, se reemplazarán los Jesuitas? No faltan en Francia gentes que piensan como ellos. Los Jesuitas han dado la ley en la literatura. La mayor parte de los grandes talentos ha sido educada de su mano. Ellos se han levantado con el Imperio de las ciencias, y desde Francisco I. nuestras librerías les deben una abundancia, que no vió el siglo de Augusto. Van, pues, á sucederles otros hombres; ¿quienes serán estos? ¿Tendrán el mismo espíritu? Será tambien preciso destruirlos. ¿Su espíritu es diverso? Este punto merece ser examinado.

Si es cierto lo que se me ha dicho, una Ciudad de las principales del Reino ha propuesto á los *Jacobinos*, para reemplazar á los Jesuitas. Hay seguridad de que los principios de la educacion serán diferentes (1). Estos Padres tienen dadas pruebas de

(1) La ironía de la Autora recae sobre una comunidad conocida con este nombre en Francia, furiosa predicadora de la Liga contra Enrique IV., y fanática secuaz de la Filosofía Aristotélica — T.

su inviolable adhesión á las personas sagradas de nuestros Reyes, de una doctrina del gusto de la Nacion, de un aire de Filosofía y de literatura moderna, que nada dejará que desear. Pero este es pensamiento de una sola Ciudad, y no parece debe ser el sentir comun de un gran Reino, acostumbrado á no hablar mas de los Jacobinos de mas de doscientos años á esta parte. No se quiere ser monos de Ciudades mercantiles. Bien pueden tenerse profundos conocimientos en materias de telas, sin entender de talentos; fuera de que es necesario tener presente, que los Jesuitas están sacrificados á un trabajo penoso y gratuito, que sobre las luces y nociones adquiridas ya, no deja ningun tiempo á la diversion y á una vejacion agradable. ¿Podrán lisongearse los autores de este proyecto, que tal género de vida sea del gusto comun entre sus recomendados?

Tres personas han pretendido en París, que hay otros Religiosos, ignorantes en otro tiempo por estado, por inclinacion y por virtud, que de algunos años acá han procurado adquirir alguna instruccion por embidia y por vanidad, los cuales pueden substituir la enseñanza jesuítica, y aun se asegura haberse ellos ofrecido á este fin. Estos son los RR. PP. Capuchinos (se entiende los *Capuchinos modernos*.) Esta idea es divertida, y yo, á la verdad, ya me estoy riendo como una loca. Mucho agrada ciertamente ver á nuestra nobleza criada á la moda y aire de ciertos cenóbitas, y á sus sombríos claustros con-

vertidos en Academias del gusto, de la política, de la cultura y bellos sentimientos; pero no se piensa en presentarnos este gracioso espectáculo. Parece que por fortuna ha sido excluida del plan de reemplazo toda Comunidad regular.

Existen en Francia dos Congregaciones seculares, establecidas ambas en parte para concurrir con los Jesuitas, y á su ejemplo y en su falta, al bien general de la educacion sábia y gratuita. He aquí dos recursos. Es cierto que no serán los mismos Maestros; pero tampoco serán diversos los principios, y el espíritu. Esto es lo que hace falta, ó lo que se intenta; pero son necesarios hombres: se han menester talentos. La una los poseyó en otro tiempo; la otra jamás tuvo la vanidad de llevarlos. La primera se ha visto obligada á tomar Maestros asalariados para cumplir en el Reino con veinte Colegios medianos. La segunda está acostumbrada á no habitar sino en oscuros y desconocidos. Si una y otra pueden tener muchos motivos para desear ver destruidos á los Jesuitas; estos no tienen que temer que ninguna de ellas, ni las dos juntas lleguen á reemplazarlos. Podrá ser que estos Cuerpos, con la proteccion y favor del nuevo sistema, levanten la cabeza, se aumenten y se extiendan; pero seria indispensable antes, que el público comenzase á fundar sus esperanzas sobre un cierto fondo de aprecio y consideracion; y son tales las cosas humanas, que la estimacion una vez perdida ó menguada, con dificultad llega á recobrase;

mucho mas cuando hay hombres pensadores, que hagan comparaciones entre enseñanza y enseñanza, entre Cuerpo y Cuerpo.

Restanos, pues, la Universidad; y este es el proyecto actual y favorito. *La Universidad.* ¡Qué bien suena esta voz, sobre todo si se añade *de Paris!* ¡Cómo! ¡En todas las Ciudades una Universidad, y en todas las Provincias la Universidad de Paris! ¡La primogénita de nuestros Reyes, multiplicada en todos y cada uno de sus dominios! Es necesario confesar que esta es una grande idea; porque no se debe imaginar, que quien dice *Universidad*, expresa precisamente un solo estado, un solo sistema, una sola educacion: es la universalidad de todas las educaciones, de todos los sistemas, de todos los estados; es todo lo que se quiere, todo lo que se pretende, todo lo que puede contentar la variedad y la diversidad de los gustos; es todo lo que necesita una Nacion, que de todo gusta, menos de la uniformidad. Por otra parte: ¿es poca cosa tener Profesores asalariados? ¿Hay quien ignore, que siempre se obra mejor por codicia é interés, que por deber y Religion? ¿No es un proverbio, que la necesidad y la miseria, son grandes maestros, fuentes inagotables de espíritu y de talentos? ¿No es conforme al orden de la naturaleza, que Maestros casados, ó que piensan serlo, que tienen hijos, ó los tendrán, sean mas á propósito para desempeñar las obligaciones paternales respecto de sus discípulos, que esos frios celiba-

tarios, que si bien tienen el nombre estéril de *Padre*, desconocen los dulces sentimientos de la *pater-nidad*? (1) ¿No es una conocida ventaja para la brillantez de la educación, que al fin se puedan ver en los Colegios y en las Casas de los pensionistas otras caras, que aquellos semblantes serios, en que á todas horas no ven los jóvenes sino la mesura y circunspección? Las esposas y damiselas de los profesores endulzarán las costumbres en la juventud, le mostrarán el donaire, sazonarán sus modales, le inspirarán sentimientos elevados, y mantendrán en las Aulas y Patios, la regularidad, la paz y la decencia. Hoy todo es tristeza y severidad: todo sería entonces gracia y galantería. ¿Cómo una Nación tan política como la nuestra ha podido acordarse tan tarde de unos puntos tan esenciales? Pero dice bien el refran, mas vale tarde que nunca.

Esto es propiamente hablar como muger, me dirá alguno. Pues que; ¿no teneis cuenta con el progreso de las ciencias y de las letras? ¿No sabeis, que el Colegio de *Clermont* (2), en medio de treinta Colegios universitarios, émulos suyos, ha dado él solo hasta ahora á la educación pública, mayor número de grandes literatos que todos ellos juntos? ¿Ignorais que el llamado de la *Fleché* (3) arrancó

(1) Como esta ironia, se ha dicho de veras en un papel francés, no ha faltado quien lo repita en castellano. ¡Lo que puede la *Galimania* sobre ciertas gentes!—T.

(2) Fundado por Luis XIV. á los Jesuitas.

(3) Colegio tambien de Jesuitas, fundacion de Enrique IV.

de boca de Descartes alabanzas que á ninguno otro tributó? ¿Desconocéis que el Canciller de Verulamio propuso á la enseñanza jesuítica, como el modelo mas completo y acabado? No se habla de la Facultad de Teología, llamada *Sorbonna*, sobre todo, desde que se ha apodado con el titulo de *Carcasiana* (4): ella es *Jesuita* de espíritu y corazón, y se sabe con cuanto zelo ha sacrificado, no hace mucho, los mas preciosos intereses de Cuerpo, á las antiguas ideas de la Fé. Los Jesuitas han *monopolizado* los grandes ingenios; para que estos aparezcan por todas partes y se difundan las luces en toda la Nación: ¿no sería mas conveniente multiplicar los establecimientos de la Universidad, cerrando los de sus competidores, á los que ocurren en tropas los jóvenes preocupados, por su propia elección, ó la confianza ciega de sus padres?

No hay duda que esta es una consideración fuerte, y capaz de hacer mella en un corazón filósofo, tanto mas, cuanto que la misma Universidad en el proyecto de remplazo confiesa con modestia, que al principio no se hallará en estado de dar á los Colegios buenos Profesores, y que aun se verá en la precisión de emplear malos. ¿Pero qué importa? se nos dice: de aquí á algunos siglos quedará todo resarcido. Se verán los Maestros escogidos, formados en la Escuela de estos Maestros tomados sin distin-

(4) Esto es, *Cadavérica*, nombre que le han dado por desprecio los Jansenistas, despues que se apartó de sus sentimientos.

cion; y si la Universidad en solo la Villa de París ha producido en cien años tres ó cuatro regentes, que han impreso libros de estudios: ¿qué cosecha tan abundante no deberá esperarse, cuando la semilla de las letras brote y crezca en toda la extension del Reino, bajo la direccion de semejantes cultivadores? Todas estas ventajas son muy reales y se palpan; yo he quedado pasmada; pero admírese el imperio de la preocupacion: por mas que yo vuelva los ojos á esta brillantez futura, siempre me acuerdo contra mi voluntad, del inconveniente que la Universidad ha confesado con bastante pesar suyo, y es la necesidad de valerse en lo pronto de malos Profesores. ¿Por qué destruir entonces á los Jesuitas que á lo menos nos los suministran medianos, muchas veces buenos, y no pocas, superiores y excelentes? Mas supongamos que se hallen en Francia, ó se llamen de países extrangeros nuevos Maestros, equivalentes á los que perdemos en los Jesuitas: aun en este caso, resta todavia en el sistema una pequeña dificultad, de la que vamos á hablar.

¿Sobre qué fondos se han de establecer las escuelas públicas? Yo no hablo de todos los demás ministerios de Religion y caridad de que se encargó esta Compañía política. Este cuidado no es propio de un siglo filósofo; fuera de que hay tambien en otras partes hombres zelosos, de quienes pueden esperarse estos ministerios; ó asalariados, que deben desempeñarlos de justicia, y sobre todo puede pasar-

se sin ellos como lo hacen en el Japon, en Holanda y Ginebra, donde no hay Jesuitas. ¿No se muere allí lo mismo que en cualquiera otro lugar? Mas no nos extraviemos: aquí no se trata sino de la enseñanza pública á que es necesario proveer. Los Jesuitas tienen fondos, segun unos, inmensos; en opinion de otros, apenas suficientes. Pero sean los que fueren; ¿se conservarán estos bienes para los nuevos establecimientos? ¿Se dejará á los miembros de la Compañía disuelta, esparcidos por la Francia, sin otro recurso que su industria, ó la Providencia? Qué hay que dudarle, se me dirá: ¿no los han gozado ya bastante? ¿quien no tiene existencia legal, debe tener posesiones? ¿cómo se ha hecho en Portugal? Yo amo demasiado á mi pátria, para sugerirle semejantes ideas de política. Nosotros somos hombres, y los Jesuitas nuestros conciudadanos, y aun bajo muchos aspectos sujetos útiles y estimables. Tal procedimiento no se acomodaria, ni con la humanidad, ni con la justicia, y mucho menos todavia con la generosidad francesa. Es preciso, pues, que los Jesuitas vivan; ¿y qué hemos de hacer hasta que mueran?

Se dice que á cada Ciudad le toca proveer sobre esto. A estas voces, todas mis entrañas patrióticas se conmueven. ¡Cómo! ¿En este siglo de hierro, en que apenas podemos mantener nuestros teatros y nuestros conciertos: en que los talentos mas prodigiosos, las mas graciosas comediantas, los virtuosos

mas queridos del pueblo, escasamente hallan ya en nuestras bolsas lo suficiente para los gastos de nuestras delicias, de nuestros entretenimientos y placeres, iremos á cercenar de nuestro fausto y de nuestros gustos, para dar á nuestros hijos una educacion? ¿No se ha ridiculizado bastante la Francia, levantando á porfia una nueva Marina, que de nada servirá sino de ponernos al abrigo de los pillajes é insultos de los Ingleses? ¿No hemos dado ya harto que reir, sosteniendo á nuestra costa nuestros hospitales medio arruinados, únicamente por conservar al Estado artesanos, labradores y otros hombres miserables, que podian morir sin hacer la menor falta? ¡Ah! Si no tuvieramos que dar otro paso hácia la decadencia del gusto y del buen sentido, podria tolerarse; ¿pero arruinar el Reino por latines y costumbres? Es idea graciosa por cierto. Es necesario perdonar á nuestros buenos Reyes Enrique IV. y sus sucesores, el haber gastado sus rentas en semejantes fundaciones. Los mayores hombres tienen tal vez las mas bajas ideas.

¿De donde, pues, se han de sacar los fondos? No hay sino un arbitrio excelente y único. Una contribucion. ¡Una contribucion! Si; pero esta no debe ser general. Seria ciertamente una notoria injusticia, que todos los que en el Reino se oponen á la destruccion de los Jesuitas, todos los que la temen, ó la lloran, todos los Obispos, toda la primera nobleza de la Francia, casi todo el Clero, todas las

Ordenes religiosas, que no se pican de novedad, ni de embidia, todos los que en los diversos estados se atienen todavia á las antiguas preocupaciones de Iglesia y Sacramentos: todos estos, repito, no seria razon se viesen obligados á pagar el antojo de una mudanza, que miran como una desgracia mayor que la pérdida de veinte batallas. Concurrir á estos gastos toca hacerlo únicamente, y lo harán de muy buena gana, aquellos despreocupados, que tienen esta variacion, como recompensa superabundante de la pérdida de la Martinica (1). La cosa es justísima. Si esto es un bien tan grande; ¿puede parecer caro á este precio? Si es un mal; ¿no es justo que lo paguen? La venganza es un gusto exquisito; ¿y no deberá sacrificarse algo por disfrutarlo? Esto no tiene respuesta. He aquí grandes recursos: el proyecto es sencillo, productivo y seguro; debe por lo tanto adoptarse como el mejor.

Tres clases de gentes se alegran de la supresion de los Jesuitas, y deben colocarse en la lista de los contribuyentes: la que solicita esta destruccion; la que va á ganar en ella; la que la desea y se complacerá al verla. Todas disfrutarán su gusto entero, y cada una no tendrá que contribuir sino con la tercera parte del gasto. Esto no es demasiado. Al momento se conoce que la primera clase está en disposicion de hacer mucho por conseguir este fin. Es-

(1) Como los ilustrados y patriotas filósofos D' Alembert, Voltaire, Mercier, etc. etc.